

# altheia

La revista trimestral de la Asociación Juvenil Altheia

septiembre 2011

#05

2,5 €

“ *¿Cómo se da la luz  
cuándo se tiene las manos  
llenas de luz?* ”





## RESTAURANTE

Avda. Miguel Hernández, 42  
46960 ALDAIA (Valencia)  
Tlf: 96 135 11 14

## PANADERÍA

Jesús Gómez  
del Castillo



*Exquisitos dulces  
para el desayuno*

C/ Santa Ana, 21  
Villaescusa de Haro  
Tlf: 967 16 87 91

## DISDEMAR, S.L.

DISTRIBUIDORES DE:  
COCA-COLA • REFRESCOS  
CERVEZA SAN MIGUEL  
BATIDOS • VINOS  
LICORES SIN ALCOHOL

C/. José Antonio  
Teléfs.: 967 16 85 57 - 967 16 85 73  
VILLAESCUSA DE HARO (Cuenca)

## MARHES, S.L.

ALBAÑILERÍA EN GENERAL



C/ José Antonio, 26  
16647 Villaescusa de Haro  
(Cuenca)  
Tlf: 967 16 87 33

Nada menos que Don Ángel, ese entrañable cura de origen belmonteño y hábitos sencillos con apariencia casi mística, ese artista polifacético que igual cromaba un órgano que escribía una poesía o componía un himno, ese hombre que escarbó profundo durante décadas en el alma de los villaescuseros y que es responsable directo, en parte, de la personalidad de Villaescusa de Haro como pueblo manchego.

A él va dedicado este número, en textos y en espíritu. Porque ha estado presente desde el génesis de esta publicación y, de esta forma, se le reconoce la importancia que tuvo en la formación cultural de todos. Así, se propone en esta edición un variado abanico de artículos que narran desde anécdotas a su visión de la gastronomía, o descubren al lector algunas facetas de Don Ángel como su poesía o sus grabados a carboncillo.

Resulta quimérico, sin embargo, resumir en tan pocas páginas el legado que nos dejó, máxime cuando la implicación de la gente en esta revista resulta a menudo insuficiente. Y aunque es verdad que cada uno guarda en un rincón privilegiado de su memoria una visión de Don Ángel, habría sido de provecho general el compartir cada pequeña porción individual de su recuerdo para formar un crisol de opiniones que reconstruyese su figura. Que al menos en el intento quede el mérito.

De forma generalizada, cuando alguien abandona este mundo se engrandece su leyenda con el paso del tiempo, llegando en algunas ocasiones a distorsionar la realidad pasada. Con Don Ángel, no obstante, es difícil que la leyenda alcance a superar al hombre que fue, inolvidable.

*¿Cómo se da la luz cuando se tiene las manos llenas de luz?*

- 04 **Un vaso de agua fresca**  
*David Pérez, el nieto del fraile*
- 06 **Don Ángel como degustador**  
*Miriam Solana*
- 08 **El viaje iniciático**  
*Pedro Mañas*
- 11 **Tío Ángel**  
*María Luz G. Sevilla*
- 12 **Recuerdos**  
*Fátima Díaz*
- 13 **Godspell**  
*Mari Carmen Díaz*
- 14 **El alma navega**  
*Ángel Sevilla*
- 16 **Un órgano en technicolor**  
*Cayetano J. Solana*
- 18 **Abierta a luz**  
*Ángel Sevilla*
- 20 **El Saloncillo**  
*M<sup>a</sup> José Fernández, M<sup>a</sup> José Martínez*
- 21 **¿Qué les va a pasar estando con el cura?**  
*Claudio Mingo*
- 22 **Balada de humildades y silencios...**  
*Carlos de la Rica*
- 24 **Ante la muerte de Ángel Sevilla**  
*Luis Martínez*
- 25 **Restauración**  
*Rafael Alfaro*
- 26 **A Don Ángel, sacerdote**  
*Severiano Jiménez*

**altheia**  
la revista trimestral  
de la Asociación  
Juvenil Altheia de  
Villaescusa de Haro

EDICIÓN: Asociación Juvenil Altheia.  
COORDINACIÓN: Pedro Mañas, Cayetano J. Solana.  
CORRECCIÓN: Miriam Solana.  
MAQUETACIÓN: Cayetano J. Solana.  
REDACCIÓN: Rafael Alfaro, Fátima Díaz, Mari Carmen Díaz, M<sup>a</sup> José Fernández, Severiano Jiménez, M<sup>a</sup> José Martínez, Luis Martínez Lorente, Claudio Mingo, Carlos de la Rica, Ángel Sevilla, María Luz G. Sevilla, Pedro Mañas, David Pérez, Cayetano J. Solana, Miriam Solana.

**Imagen de portada:** "Campanario", Cayetano J. Solana.

**Texto de portada:** Ángel Sevilla Panadero.

# Un vaso de agua fresca

Por David Pérez, el nieto del fraile

Podría haber elegido alguno de esos recuerdos casi robados, que ni siquiera sé si son míos o he tomado prestados de las pequeñas historias de sillas de anea y acera de cemento pintado y círculos grabados con el borde de una lata. Imágenes de un joven párroco, llegado de no sé dónde, vaqueros bajo la sotana y gafas de pasta, empujando su seiscientos -¿o era un dos caballos?- por la calle en la que pasé mis primeros veranos en este pueblo.

Podría haber rebuscado entre las imágenes de mi memoria aquellas de la pequeña capilla de la iglesia en la que nos impartía, con maneras de maestro antiguo de película de José Luis Cuerda, sus lecciones de catequesis, que eran más lecciones de vida. O aquellas otras de la misa de Jueves Santo en la que nos lavaba unos pies que, seguramente, estaban más limpios que ningún otro día del año. O esas de los impresionantes y vanguardistas belenes, que esperábamos impacientes cada año, y que alcanzaron su cénit creativo aquella Navidad en la que aparecieron tres grandes estrellas blancas relucientes al lado de la pila bautismal.

Podría haber rememorado las largas tardes de verano en la casa de los hermanos Castilforte, ensayando, bajo la sabia batuta de Ignacio y arropados por el talento de Eduardo y Ángel, lo que fue, al menos en mi recuerdo, una de las misas más bonitas que se han oficiado para la fiesta de nuestro Patrón, en la que el actor principal interpretó, como siempre hacía, un papel magistral basado en su portentosa voz y sus dotes como actor, de las que se servía para convertir algunas celebraciones litúrgicas en auténticas obras de arte de la dramaturgia.

Podría haber continuado hilando imágenes para llegar al imborrable recuerdo del espectáculo que juntos creamos, disfrutamos, sufrimos y gozamos; aquel con el que se inauguraba la nueva iluminación de lo que durante tantos años fue su telón de fondo. Me podría haber explayado recordando su media sonrisa, que se transformó en carcajada nerviosa, el día que escuchó la última



*Un vaso de agua fresca.*

versión de la mezcla de músicas, sonidos y voces que habíamos seleccionado para darle forma al guión, escrito desde su apabullante erudición, y basado en unos textos de inmensa carga emocional que había escogido entre escritos del Viejo y Nuevo Testamento y versos de Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego o José María Cabodevilla.

Podría haber confeccionado un álbum de fotos de bodas, bautizos y comuniones, con anécdotas de confesiones múltiples, de consejos de amigo, de iniciativas pioneras, de velas chisporroteando como queriendo decir algo. De celebraciones entre calderetas, parrillas, arroces y vinos en botillo; niños por los aires, perros ladrones poco mordedores, algarabía... Y de nuevo su voz: "¡pero qué hermoso!".

Podría narrar historias surrealistas acaecidas en nuestros viajes de ida y vuelta a Uclés, como la de aquel día en que él iba conduciendo y nos paró la guardia civil para hacer un control de alcoholemia. La cara del guardia al ver el alzacuellos era un poema. Pero el sacerdote, que posiblemente no había vivido esa experiencia en otra ocasión, no se lo quiso perder. Poniendo lo mejor de sí y pidiendo instrucciones al agente, sopló con todas sus

fuerzas hasta que no pudo contener una sonora carcajada, seguida de un suspiro de alivio del joven guardia cuando comprobó que la aguja no se había movido ni un ápice.

Podría, si se me hubiera concedido el don del poeta o del cuentacuentos, escribir la segunda parte de *“La Taberna Fantástica”* de Alfonso Sastre, o la secuela de la escena del café de Doña Rosa, de *“La colmena”* de don Camilo, que llevó al cine el maestro Mario Camús. Lo podría hacer, sí, sólo transcribiendo los diálogos que mantenían los tres sabios -el organista devorador de atardeceres, el viajero erudito y el teólogo poeta- en aquellas reuniones, a la hora del aperitivo, en la casa del cura, que empezaban con un “¡ay, qué gusto!” cuando el agotado oficiante se dejaba caer en la banca, y ter-

” *Boina, gafas, jersey de cuello redondo que alguien le regaló en Navidad, rostro expresivo de actor de carácter, pipa en boca y sonrisa de medio lado del que se sabe, como poco, buena gente. Así lo haría, nada más.*

minaban Dios sabe cómo, con algunas voces más altas que otras debido, quizás, a los efectos de un queso demasiado curado mezclado con el aliño de anchoas y la cecina de León; o más probablemente al cóctel de vinos sin etiqueta que el viajero infatigable guardaba en su bodega, y con los que nos obsequiaba cada domingo o fiesta de guardar.

Podría intentar esbozar un retrato, si fuera diestro en el arte del dibujo como mi amigo el pintor José Carlos Ortiz, en el que quedasen reflejados todos los rasgos de una personalidad arrolladora, sincera, capaz de increpar con la vehemencia del que te quiere abrir los ojos, o de elogiar con el orgullo del que te quiere acariciar el alma. Boina, gafas, jersey de cuello redondo que alguien le regaló en navidad, rostro expresivo de actor de carácter, pipa en boca y sonrisa de medio lado del que se sabe, como poco, buena gente. Así lo haría, nada más.

Pero mi recuerdo más preciado, con el que me quedaría si tuviera que elegir, es otro. Era invierno y la noche fría. En esa época yo vivía en el pueblo y, con cierta asiduidad, subía a su casa a charlar un rato después de cenar. Hablábamos de arte, una afición compartida de la que él era un entusiasta. La acogedora sala, con su banca, su mesa camilla, su estantería llena de tesoros en forma de libros de arte y su colección de botellas azules y verdes co-



*Tertulia con Inocencio y Aníbal.*

locadas encima de la repisa de la chimenea, permanecía a una temperatura agradable, tal vez elevada. La estufa de butano, con sus tres fuegos encendidos, saturaba la estancia de un característico olor, y hacía que tras la intensa y apasionada conversación nuestras bocas quedasen resacas. Sin dejar de hablar y gesticular se levantó y salió de la sala. Su voz, que se seguía oyendo como un eco lejano, volvió a hacerse nítida y fuerte cuando de nuevo entró en el cuarto. En una mano traía dos pequeños vasos de duralex, como los de las viejas tascas de pueblo; en la otra una jarra metálica, de color cobrizo, llena de agua. Sobre la mesa la imagen de una *vanitas* de Juan de Valdés Leal, cuyo simbolismo estábamos analizando; yo quería utilizarla en un proyecto en el que en ese momento trabajaba y que tenía como base la obra de Lope de Vega, *“El Caballero de Olmedo”*. Mientras me hablaba de la calavera que representaba el *memento mori*, escanciaba el agua en un acto casi ritual, aprendido en tantas y tantas celebraciones eucarísticas. Cogimos los vasos sin apenas mirarlos y de manera simultánea dimos sendos tragos. Silencio. Onomatopeya de sed saciada. Él mira intensamente al vaso y exclama con su profunda voz: “¡qué rica!”. Llenamos de nuevo los vasos de lo que, en ese momento, era para nosotros oro líquido, y alzamos los vasos en un brindis dispuestos, ahora sí, a disfrutar del exquisito manjar: un vaso de agua fresca.

Desde entonces, Ángel, amigo, ¡es tan fácil para mí recordarte!. En las frías noches de invierno, con el cielo lleno de estrellas y las chimeneas colmando el aire de un embriagador aroma a leña quemada, lleno mi vaso de duralex de agua fresca, lo levanto para brindar, lo apuro de un trago lento y, entonces, escucho tu voz grave e intensa:

*¡qué rica...!*

# Don Ángel como degustador

Por Miriam Solana

*“Los animales se alimentan, el hombre come; sólo el hombre de talento sabe comer”.*

*Anthelme Brillat-Savarin (1755-1826)  
Escritor y gastrónomo francés.*

El Señor bendiga estos alimentos y a los que los vamos a tomar.” Así daba comienzo Don Ángel a cada una de las comidas que disfrutaba en compañía de los villaescuseros. Y efectivamente, una bendición eran para nuestro párroco tanto los alimentos que degustaba como los comensales que compartían mesa con él. O al menos así lo hacía sentir. Como buen artista que era, el arte culinario lo apreciaba infinitamente y no sólo disfrutaba con ello, sino que no había plato que no alabara.

Algunos domingos disfrutaba del plato estrella de *los Mañas*, el arroz con liebre. Cada año, el día de Navidad, le encantaba ir a casa de *los Galvañ* a comer pelotillas de pascua. *La Beni* siempre lo sorprendía, pero con unas chuletas de cerdo que ella sabe cocinar muy bien se le hacía la boca agua. Los huevos mol de *la Cruz*, el conejo de *las Hermosillas* y la perdiz en escabeche de *la Encarni* también le encantaban. Y el día de la Virgen de Lourdes, disfrutaba con las costillas y chorizos de matanza en casa de *la médica*.

“Le gustaba y lo alababa todo, daba igual que le pusieras unas judías verdes o unas acelgas” coinciden todas. Sin embargo, parece que el corde-

“*La Beni siempre lo sorprendía, pero con unas chuletas de cerdo que ella sabe cocinar muy bien se le hacía la boca agua. Los huevos mol de la Cruz, el conejo de las Hermosillas y la perdiz en escabeche de la Encarni también le encantaban.*



*Comuniones en el Corpus Christi, 5 de junio de 1994.*

ro de Dios le alimentaba lo suficiente, pues el cordero asado no figuraba entre sus platos favoritos. Ello no quiere decir que no le gustara la carne, pues sí le parecía un manjar el animal que simboliza la paz, y además conocía los trucos para atraparlo en el campanario de nuestra iglesia y de *Las Monjas*. “Un día nos guisó a los monaguillos 33 palomas, como la edad de Jesucristo. Estaban riquísimas.” recuerda Pedro Mañas.

Sin embargo, solía ser una auténtica odisea conseguir que nuestro apreciado cura aceptara quedarse a comer o cenar. Cuando iba de visita a una casa, había que insistirle mucho. “Ya he cenado” se excusaba. “Que no, que sé yo que no ha cenado, Don Ángel”. “Que sí” “no mienta, que está usted cometiendo un pecado” le decía *la Cruz*. “¡Pero si no me gustan las alcachofas!” se excusaba una noche en casa de *la Beni*. Al final las mujeres casi siempre ganaban la pequeña batalla. Se sentaba a cenar, terminaba confesando que las al-

cachofas o lo que hubiera era uno de sus platos favoritos (casi todos lo eran), y que efectivamente no había cenado. Y por supuesto, lo alababa. “Esto está *buenismo*” solía decir. Menos mal que las mujeres de Villaescusa suelen ser bastante insistentes, pues una de las únicas veces que *la Encarni* no consiguió convencerlo, Don Ángel se fue de su casa con envidia del moje de tomate que ésta le había preparado a su madre. A los pocos días, don Ángel le confirmo sus sospechas: desde allí había

” *Cuentan que un día una de sus consejeras, Carmen Hermosilla, le dio leche en polvo por harina de gachas. Una inocentada no intencionada que al pobre don Ángel le costó dos semanas intentando preparar unas gachas que no espesaban nunca.*

ido directo a su casa a prepararse un moje.

Por supuesto, nuestro artista, disfrutaba también cocinando. A cualquiera le preguntaba cómo guisar. Cuentan que un día una de sus consejeras, Carmen Hermosilla, le dio leche en polvo por harina de gachas. Una inocentada no intencionada que al pobre don Ángel le costó dos semanas intentando preparar unas gachas que no espesaban nunca.

Tras ese intento, finalmente consiguió la harina buena. Es más, aprendió tanto que unos años después presumía de hacer unas gachas buenísimas, y de haber pensado por él mismo echarles maizena para que espesaran.

Sus avances culinarios los compartía sobre todo con sus fieles monaguillos. Hubo una época en la que los invitaba a comer por parejas. Disfrutaba cocinando y comiendo junto a ellos platos sencillos pero sabrosos, como por ejemplo unos espaguetis con gambas, ajos, aceite y perejil. “Cuando estábamos comiendo te miraba por encima de las gafillas y te decía ¿qué?, esperando a que le contestaras esto está *buenismo*” recuerda Pedro Mañas.

Lo cierto es que tanto los que fueron monaguillos, como los que cocinaron para él, sus consejeras, y los que compartimos mesa con él, no quedamos indiferentes, “uno lo invitaba a comer y al final siempre recibía mucho más de lo que daba, ¡era tan agradecido!” concluye Encarni. “¡Y tan buen conversador!”, recalca Lourdes.

Sin embargo, aquel domingo de noviembre, cuando se disponía a celebrar su *última cena*, estaba él sólo, en silencio, con la mesa preparada. Lo dejó todo. Nos dejó a todos. Pero sobre todo nos dejó mucho. Su *última cena* la interrumpió la llamada del Señor.



Bautizo de Juan Barón en La Pesquera.



Cena de Hermandad con el Regimiento Saboya en el Saga.

” *“Cuando estábamos comiendo te miraba por encima de las gafillas y te decía ¿qué?, esperando a que le contestaras esto está *buenismo*” recuerda Pedro Mañas.*

# El viaje iniciático

Por Pedro Mañas

A toda velocidad cruzábamos La Nava en el Peugeot 205 blanco de Don Ángel. Este era un coche pequeño, pero era un coche valiente, tal vez el que más le duró en su larga carrera automovilística. Aún hoy día se puede ver en una foto de un folleto turístico que editó la Diputación Provincial, perenne, junto a la Casa Grande.

En fin, como iba diciendo, a toda velocidad cruzábamos La Nava en dirección al Castillo de Haro y el río Záncara. Era una tarde de domingo de otoño, de esas en las que el cañaveral comienza a desprenderse de su fruto maduro en forma de interminables racimos blancos, y las hojas de los chopos, ya cansadas de aguantar el verano, empiezan a amarillear en el fondo de la ribera. Y es que a Don Ángel le gustaba mucho ir allí, sobre todo en esa época. Le venía de tiempo atrás, cuando pasaba los veranos en el molino harinero que aguas abajo tenía su familia. De hecho, llegaba a asegurar que allí, en la orilla del Záncara, se encontraba con Dios como en ninguna otra parte. Sacaba su libro de oración y, dando largos y pausados paseos, se ponía a rezar. Decía que no necesitaba estar en la iglesia para poder comunicarse con Dios, que cerca de la naturaleza, de la Madre Tierra, era donde más fácil era comunicarse con Él.

Aquel día comenzó su paseo en la parte del río que hay debajo del Castillo.

- ¿Habéis estado alguna vez allí arriba? -preguntó él.

“Era una tarde de domingo de otoño, de esas en las que el cañaveral comienza a desprenderse de su fruto maduro en forma de interminables racimos blancos, y las hojas de los chopos, ya cansadas de aguantar el verano, empiezan a amarillear en el fondo de la ribera.



Ribera del Záncara a los pies del Castillo.

- Nosotros ya hemos estado -dijeron Álvaro y Nemesio-, pero estará guay volver a lanzar piedras desde lo alto del Castillo, y después bajar el cerro corriendo.

- Anda, tened cuidao y no tardéis mucho. Yo os espero aquí.

Así se despidió de nosotros para dar comienzo su oración. De este modo, mientras nos entreteníamos cerro arriba subiendo al Castillo y luego cerro abajo para volver otra vez donde se encontraba él, tendría un tiempo para orar sin que nosotros pudiéramos despistarle. Y allí fue donde empezó la aventura. Después de subir y bajar el cerro del Castillo, Don Ángel nos dio a conocer la zona muy a su estilo:

- Venga hermosos, a ver si sois capaces de llegar a la Cueva de Haro; se encuentra entre esos montes.

- Vamos, deprisa, yo ya estuve aquí otra vez y creo que sé cómo llegar. Subiendo y después bajando por esa ladera llegaremos rápido -contestó Nemesio, que anteriormente había estado allí de excursión con la Comisión de Festejos de la que formó parte su padre.

- Ale, a ver si es verdad. Yo ahora subo a comprobarlo. Y recordad no arrancar las estalactitas que cuelgan de su techo, ¡que tardan muchísimos años en formarse! -volvió a repetirnos Don Ángel.

- Estalact... ¿qué? -pensé en voz alta.

- ¡Jajaja! -rió fuertemente Don Ángel- cuando llegues arriba lo descubrirás.

Una vez arriba, y armados con linternas (en el pueblo ya sabíamos que las íbamos a necesitar), nos metimos en el interior de la cueva. Desde luego que cuando eres un crío no tienes miedo de nada. Un mundo subterráneo y oscuro, lleno de seres voladores misteriosos y piedras con formas extrañas se abrió ante mis ojos. Era la primera vez que entraba en una cueva. Al poco llegó Don Ángel:

- ¡Pero que ya os habéis metío! -dijo mientras lo veíamos aparecer en la claridad de la entrada de la cueva. Una enorme sonrisa se dibujo en su cara al tiempo que encendía su pipa:

- ¿Has visto ya las estalactitas, Pedro? Se forman en lo alto de las cuevas al caer el agua gota a gota. ¿Véis estas que hay allí al fondo? Deben de tener cientos de años. Por eso os dije abajo que no las arrancárais; impediríais que el resto de la gente que venga a ver la cueva pudiera disfrutarlas.

- Y las de abajo se llaman estalagmitas, ¿no Don Ángel? -preguntó Carlos con cierto aire intelectual.

”*Sacaba su libro de oración y, dando largos y pausados paseos, se ponía a rezar. Decía que no necesitaba estar en la iglesia para poder comunicarse con Dios, que cerca de la naturaleza, de la Madre Tierra, era donde más fácil era comunicarse con Él.*

- ¡Uuuuh, hermoso! ¿Y cómo sabes tú eso?

- Lo vi en el libro que nos regaló usted para Navidad, el de las 365 historias para aprender.

- Eso está muuuu bien, ¡qué al menos aprovechéis los libros que os regalo!

- ¡Don Ángel! Y eso de las marcas de las ruedas de los carros que nos venía contando en el coche, ¿dónde está? -pregunté entusiasmado.

- ¡Jajaja! ¿El Estrecho de Haro? Eso es más fácil de encontrar que la cueva. Bajad de nuevo al camino y un poco más adelante a la derecha lo encontraréis.

- Eso sé yo dónde está, no se encuentra mu lejos, y además de las ruedas de los carros se ven las



*Huella de las ruedas de los carros (Estrecho de Haro).*

pezuñas de los burros que tiraban de ellos -dijo Álvaro, que hacía poco había estado allí con su padre.

Incrédulos, bajamos el cerro hacia el camino. ¿Ruedas de los carros en la piedra?, ¿pezuñas de los burros? Aquello sonaba demasiado fantasioso para ser cierto, incluso para un niño de 9 o 10 años. Al llegar al camino, Don Ángel volvió a despedirse de nosotros, cogiendo el libro de oración que se encontraba en el interior de su coche:

- Ale, seguid a Álvaro. A ver si es verdad que encontraréis las marcas de las ruedas en la piedra. Yo os espero aquí. Quiero aprovechar antes de que se haga de noche para rezar un poco.

Al poco llegamos al Estrecho de Haro. Un pequeño cañón de piedra, fruto de la erosión de un antiguo afluente del Záncara, se abrió a cada paso ante nosotros. Una curva hacia la izquierda y otra hacia la derecha, y así unas cuantas veces más hasta que por fin Álvaro exhaló un grito:

- Aquí, aquí están, ¿véis cómo era cierto?

Y desde luego que lo era. Allí, como muestra de otro tiempo pasado que nunca volvería, las marcas de las ruedas de los carros y de las pezuñas de los animales que tiraban de ellos en su camino a Cuenca estaban impresas en la roca. Al salir del Estrecho, Don Ángel nos esperaba algo impaciente al lado del coche. Lo cierto es que habíamos tardado un poco más de lo normal y ya estaba anocheciendo.

- Estaba empezando a preocuparme por vosotros. Anda, montad en el coche, que ya nos volvemos al pueblo. Quiero pasar por Cabalgaor a ver qué tal anda de agua.

Tomando el camino en dirección al Cabalgaor para volver al pueblo pasamos al lado de la laguna, en aquellos tiempos un triste secarral de carrizos y eneas quemados cual rastrojo en invierno. La sequía había hecho mella y el agricultor intentaba de esta forma ganar un terreno a su sembrado que no le pertenecía.

- Esto de aquí al lado es la Laguna de los Capellanes -dijo Don Ángel.

- ¡Venga ya, pero si está seco! -replicó Carlos.

- Y además labrado -observó Nemesio.

- Seca o no seca es una laguna, y cuando pase esta época de sequía volverá a llenarse, de eso que no os quepa duda. Yo la he visto llena de agua hasta el camino y a su vez llena de vida. Aquí se pescaban peces y se cazaban patos no hace muchos años.

- Eso es cierto -aseguré yo-. Mi abuelo me contó que antiguamente había una balsa para poder recoger los patos cazados por las escopetas que se quedaban flotando encima del agua.

Desde luego que Don Ángel tenía razón. Pocos años después la laguna volvió a estar llena de vida y el agricultor perdió el terreno del que injustamente se había apropiado.

Siguiendo nuestro viaje, aquel viaje iniciático que me dio a conocer aquella zona, la siguiente y última parada fue Cabalgaor, fuente que no se encontraba en tan buen estado de forma como lo está ahora. Debido a la sequía tan sólo un hilo de agua se desprendía de su caño.



Mítico 205.

”Ahora, tantos años después de que esto ocurriera, el rincón de la memoria en el que se guarda la niñez y la adolescencia me dice que no borre nunca estos recuerdos de cuando era monaguillo.

- Al igual que la laguna, este caño que ahora veis casi seco, lo normal es que baje lleno. Es una pena que esté el campo tan mal por la falta de lluvias -dijo Don Ángel-. Por cierto, ¿a qué no sabéis qué estrella es esa que luce tanto?

- ¡No! -contestamos todos al unísono.

- Ese es el Lucero del Alba, o el planeta Venus, que seguro que os suena más. ¿Y aquellas otras que forman como un cazo?

- ¡Puff! Tampoco lo sabemos.

- Pues esa es la Osa Mayor, y desde ella podemos llegar a ver a su hermana la Osa Menor y localizar el Polo Norte, y de esta forma no perderos nunca.

- ¡Ah! -decíamos embobados con sus explicaciones.

- Bueno, ¿vais a echar un trago antes de irnos? Que aunque ahora baje poca, el agua de esta fuente dicen que es la mejor del pueblo.

Tras esto montamos en el coche y subimos el camino hacia Casablanca para otra vez de nuevo tomar la carretera que nos llevaría hasta el pueblo atravesando a toda velocidad La Nava en el eterno Peugeot 205 blanco de Don Ángel.

Ahora, tantos años después de que esto ocurriera, el rincón de la memoria en el que se guarda la niñez y la adolescencia me dice que no borre nunca estos recuerdos de cuando era monaguillo. Que nunca olvide las interminables partidas de ping-pong en el Saloncillo, las partidas de fútbol-chapa en la plataforma de la iglesia, los belenes, el taller, los viajes a Quintanar, Rada, Belmonte, Alconchel, las comidas y meriendas en el campo y en su casa, la construcción del coro y la restauración del órgano; los valores inculcados, el compañerismo, el amor a la naturaleza, al Patrimonio, a su Villaescusa, a lo nuestro; las eternas conversaciones sobre historia, la biblioteca del saloncillo, el archivo de la iglesia; su colección de cajas de cerillas, de barajas, de fósiles; su forma de mirar por encima de las gafas, su sonrisa, su txapela, su entrañable olor a pipa.

# Tío Ángel

Por María Luz G. Sevilla

¡Cuánta falta nos haces tío Ángel! ¡Cuánto te echamos de menos! ¿Cuánto hace que te marchaste, uno, dos, diez años? Para nosotros hace una vida que estamos sin ti, sin tu amor infinito, sin tu comprensión y paciencia para escuchar los problemas de todos y no quitarle su parte de razón a nadie, para disfrutar juntos de los momentos felices y confortarnos en los días duros y difíciles. ¡Cómo te hemos añorado en la boda de Marta, en el bautizo de Celia, en la muerte de papá! Sobre todo en la muerte de papá.

Con tu fe rotunda y tu entrega absoluta a los demás eras un faro que siempre te indicaba el camino a seguir. Ahora me siento perdida y no sé dónde ir. Sé que debería tratar de ser testimonio vivo de tus enseñanzas pero no me veo capaz sin tu ayuda. Eras mi ejemplo a seguir y ahora que no estás con nosotros la debilidad me atenaza. No me resigno a que te hayas ido y me gustaría tenerte de nuevo entre nosotros y conversar contigo e incluso te dejaría –nunca pensé que diría esto– que me dieras cien de esos capones tuyos. ¡Jamás dio nadie como tú capones que dolieran tanto pero que destilaran tanto cariño!

Recuerdo aquellas merendolas de fruta con leche condensada que me preparabas en mis veranos manchegos. Recuerdo el olor al tabaco de tu pipa. Recuerdo tus manos, que tanto servían para sostener a un bebé sobre la pila bautismal, como para levantar el cáliz o ilustrar un cartel o restaurar un retablo o escribir con pluma un poema o pintar un óleo. Recuerdo las Nocheviejas celebradas en tu casa en Villaescusa, tu casa que era la de todos. Recuerdo los preciosos belenes navideños que montabas en la iglesia de tu pueblo. Recuerdo la pasión con la que organizabas las fiestas de tu Cristo. Recuerdo la cantidad de veces que hubo que retrasar o posponer un evento familiar porque tenías algo que hacer con tus parroquianos y lo orgullosos que nos sentíamos por ello: tu compromiso era de veras, te entregaste a tu rebaño en cuerpo y alma, así se lo prometiste a Dios y así lo hiciste hasta el último día. Y tus queridos villaescuseros



*D. Ángel sonriendo.*

te respondieron poniéndose en tus manos. Las muestras de cariño y admiración por ti que siempre nos han trasladado a la familia nos revelan que tu entrega tuvo sus frutos. Ese amor que te tienen nos consuela y nos ayuda a sobrellevar tu ausencia. No estamos solos en la añoranza.

Somos muchos echándote de menos y lo único que podemos hacer es aprender a vivir sin ti. Sin tu apoyo, sin tu fortaleza, sin tu bondad, sin tu generosidad, sin tu paz. Parece empresa de titanes pero por ti hemos de intentarlo, creyendo que estás ahí para echarnos una mano cuando flaqueemos, para aplaudirnos cuando lo hagamos bien y para echarnos una buena reprimenda –con capón incluido– cuando nos rindamos antes de tiempo.

Un favor: desde donde estás sigue cuidándonos como siempre y reza mucho por todos nosotros.

Siempre irás conmigo,  
*Tu sobrina que te quiere.*

# Recuerdos

Por Fátima Díaz

**A** comienzos del verano de 1976, después de haber concluido una etapa de estudios que me permitía creerme “muy mayor”, me esperaban en Villaescusa las vacaciones más deseadas, por la bonanza del tiempo y por su larga duración. No recuerdo los entresijos de cómo me vi incluida en el proyecto de una obra de teatro, ni más ni menos que un musical: ¡*Godspell!*!, difícil proyecto, pero, por supuesto, acepté sin pensar en las dificultades y poniendo mucha ilusión.

Como estaba en Cuenca estudiando, no conocía al nuevo cura del pueblo “en persona”, aunque sí de mención. Gracias a la obra de teatro lo conocí de una manera continuada en el ambiente agradable y amistoso de los ensayos y de las posteriores representaciones.

Desde los primeros encuentros con él, le admiré: su sonrisa, amplia y franca, me transmitía alegría; su tono de voz, tranquilidad; su conversación, cultura... Admiraba su capacidad intelectual, su sensibilidad artística, su trato agradable y correcto.

Tras “*Godspell*”, se sucedieron muchas actividades en colaboración con él: teatro con adultos (como “*La tía de Carlos*”), teatro para niños (como “*El cartero del rey*”), coros, bailes, romerías a San Isidro, cantadas de mayos, ... No puedo dejar de mencionar, en estas últimas actividades, la valiosa colaboración de Ignacio Castilforte. Entre él y don Ángel nos estimulaban para continuar lle-

vando a cabo tan entretenidas y enriquecedoras actividades en un lugar tan acogedor como pequeño, logrando que los días pasasen más deprisa y alegremente, rompiendo la monotonía y la quietud diaria.

Recuerdo cuántas veces, llevado por su inquietud artística, me preguntaba cuándo descubriría el arco de la puerta de la casa de mis padres. “En cuanto pueda”, le decía yo. No lo llegó a ver, ni él ni mis padres. Cuando llegué al pueblo y vi la fachada con el arco descubierto me emocioné, dedicándoselo a los tres, a mis padres y a él. La piedra encalada vio la luz cuando ya ellos habían cerrado sus ojos.

Recuerdo muchas conversaciones con él en las que las discrepancias eran muchas. Su forma de pensar a veces se encontraba en las antípodas de las mías, pero siempre hubo sinceridad y respeto entre los dos.

Se fue demasiado pronto y sin despedirse. Por eso, desde aquí, don Ángel, aprovecho la ocasión para decirle adiós y que, ya que está allí, en aquel lugar que Dios nos promete, recuerde con María Jesús los momentos de “*Godspell*”, con Ignacio el de los coros y con mis padres y los demás villaescuseros que nos protejan a todos los que estamos aquí, dándoles buena acogida a todos los que nos vayan dejando.

Don Ángel sigue y seguirá presente en esta vida, aquí y para siempre, en mis recuerdos.



Chicos bailando.



Coro con Ignacio Castilforte.

# Godspell

## *Reparto de Godspell*

Teatro realizado bajo la dirección y supervisión de don Ángel y Juan Manuel.

Todos los componentes del teatro se encuentran en esta fotografía, en la cual está don Ángel "sin sotana". Fue una de sus primeras apariciones sin ella, ganándose las bromas y risas por parte de las chicas que le decían que estaba mucho más guapo y él les contestaba: "¡pero qué guasonas sois!"

Comenzando por la izquierda, fila superior: Mari Carmen, Fátima, Ramiro, Mari Ángel y él. Fila del centro: Alfredo, Isabel, Dioni y María Jesús. Fila inferior: Juan Manuel, Paquita, Valentín y José Luis.



## *Carta de Mari Carmen Díaz a don Ángel Sevilla Panadero*

Querido don Ángel:

En primer lugar quiero darle las gracias por todo lo bueno que me transmitió, por todo lo bueno que siento cuando pienso y me acuerdo de usted, y por todo lo bueno que hizo por todos los jóvenes y menos jóvenes de Villaescusa.

Con usted empecé cuando llegó al pueblo, por el año 1976, haciendo la obra de teatro "Godspell" (es éste uno de los mejores recuerdos que tengo en mi vida y de los que más orgullosa me siento de haber realizado) y con usted terminé en el año 2003 siendo catequista, experiencia que recuerdo también de forma muy especial y positiva. Le doy las gracias de todo corazón por haberme otorgado tal privilegio, ¡gracias!

Y en segundo y último lugar, quiero pedirle perdón si alguna vez dije o hice alguna cosa que no fuese de su agrado; le aseguro que no fue de forma intencionada.

Allí, don Ángel, donde esté, reciba un cordial abrazo de alguien que siempre tendrá un buen recuerdo suyo.

*Mari Carmen*

# El alma navega

el alma navega

andrés duro del hoyo — ángel sevilla — josé luis lucas aledón  
eugenio escamilla — josemaría abellán

recital número 2



el alma navega - libro d - cuenca

**E**n 1970, Ángel Sevilla fundó, junto a José María Abellán y Andrés Duro del Hoyo, la revista "El alma navega", una publicación poética de la comarca. La imagen de esta página (aportada por Maribel Lara) corresponde a la portada del segundo número, publicado en 1972, y cuya portada diseñó Don Ángel recreando una panorámica de Belmonte al estilo cubista.

Es innegable la importancia que Don Ángel otorgaba a la poesía como transmisora de emociones y estímulo intelectual. Al respecto de su

poesía, Vicente Tusón afirmó: "A Ángel Sevilla su condición sacerdotal le lleva a ahondar en el Misterio, con los filos de un verso denso, siempre cargado de un ansia de permanencia y de totalidad."

En este número de "El alma navega", Don Ángel publica un poema extenso de siete páginas titulado "Adán" y que versa acerca del pecado original que cometieron Adán y Eva. En la página siguiente transcribimos la primera parte del mismo.

I

Las manos de Dios habían modelado  
el fuego y la luz en astros -últimas pisadas fugitivas  
de tantos ángeles, inquilinos de ayer de la blancura-.  
Soltado habían la brida de los vientos,  
moviendo al mar, ya tendido,  
al roce primero de sus diez dedos, únicos amanecidos.

Primera era la brisa  
y primero el susto que había estremecido  
los lomos de la fiera y los almendros.

Era el hombre rey entonces:  
un ramal tenía en sus manos  
para cada animal y cada hierba.  
El león le obedecía,  
mas la alta almena de sus ojos  
puesta fue para mirar al cielo:  
"se hizo el hombre para la luz;  
la estrella se hizo para su deseo."  
Miraba y envidió los altos astros,  
reinarlos quiso;  
regular la arrogancia divina de sus filos  
suelta y no regida por su cetro.

Gritó en ira detuvieran su paso.

Selvas y montes su voz grande repitieron.  
Mas continuó habiendo escaleras al cénit y puertas  
de entrada y salida  
al amanecer y en la tarde.

Adán gritó otras dos veces  
y otras dos la selva y el monte alargaron su voz  
-son de única cascada inmensa,  
grito de toda una misma creación con un mismo pecho-.

Adán rugió en su fracaso.  
¿Ignoraba que Dios -su Dios- era el Rey de la luz y el fuego?

# Un órgano en technicolor

Por Cayetano J. Solana



Inscripción lateral del órgano.

**T**odavía desconozco la causa que motivó a Don Ángel a emprender la restauración del antiguo órgano abandonado de *Las Monjas*. Supongo que en aquella época, a principios de los noventa, el grupo de monaguillos del que formaba parte ni siquiera nos preguntamos el por qué de tan ocupados que andábamos entre las partidas de ping-pong en el saloncillo y de chapas en la *plataforma* de la iglesia. Esa ignorancia no conducía, sin embargo, al desinterés o la desgana ante el proyecto, sino que supervisábamos día a día y con la boca abierta los avances que realizaba Don Ángel.

Él, tan paciente, restauraba minuciosamente cada pieza en su íntimo taller junto a la Capilla de la Asunción. Resultaba conmovedor pasear de noche por el pueblo y percibir desde *las cuatro esquinas* esa ventana iluminada bajo la crestería de la capilla, señal del trabajo silencioso de Don Ángel. Los monaguillos a menudo lo acompañábamos en su labor, más en ánimos que en labores, ¡y menos mal! Asombrados ante su perfeccionismo y paciencia para pintar, policromar y dorar (como reza la inscripción) cada pieza del vetusto órgano. Nos extrañaba, por qué no decirlo, que usase esos colores tan vivos en la restauración de algo tan serio y formal, aunque a la vista está que el resultado final fue fabuloso.

Solía decir que en la provincia de Cuenca era una rareza contar con un órgano en activo y que tan sólo se explotaban los de Cuenca, Belmonte, Honrubia y Villar de Cañas. Éramos, pues, unos privilegiados, con independencia de que quizá omitiese alguno. Casualmente, la mayoría de ellos han sido restaurados por los hermanos Desmottes, unos jóvenes bohemios franceses con los que convivimos durante la restauración y que eran tan divertidos como trabajadores. Una inscripción los recuerda, junto al creador del órgano, Francisco Javier Fernández, y al organista que lo *reinauguró*, el también francés Francis Chapelet. Aquel 8 de octubre del 1994 todo el pueblo asistió a un concierto de órgano que llenó de notas musicales la bóveda de la nave principal de la iglesia en un acontecimiento inolvidable. Y Don Ángel, en un éxtasis duplicado, el de la satisfacción por el trabajo bien terminado y el del estímulo intelectual de la música celestial.

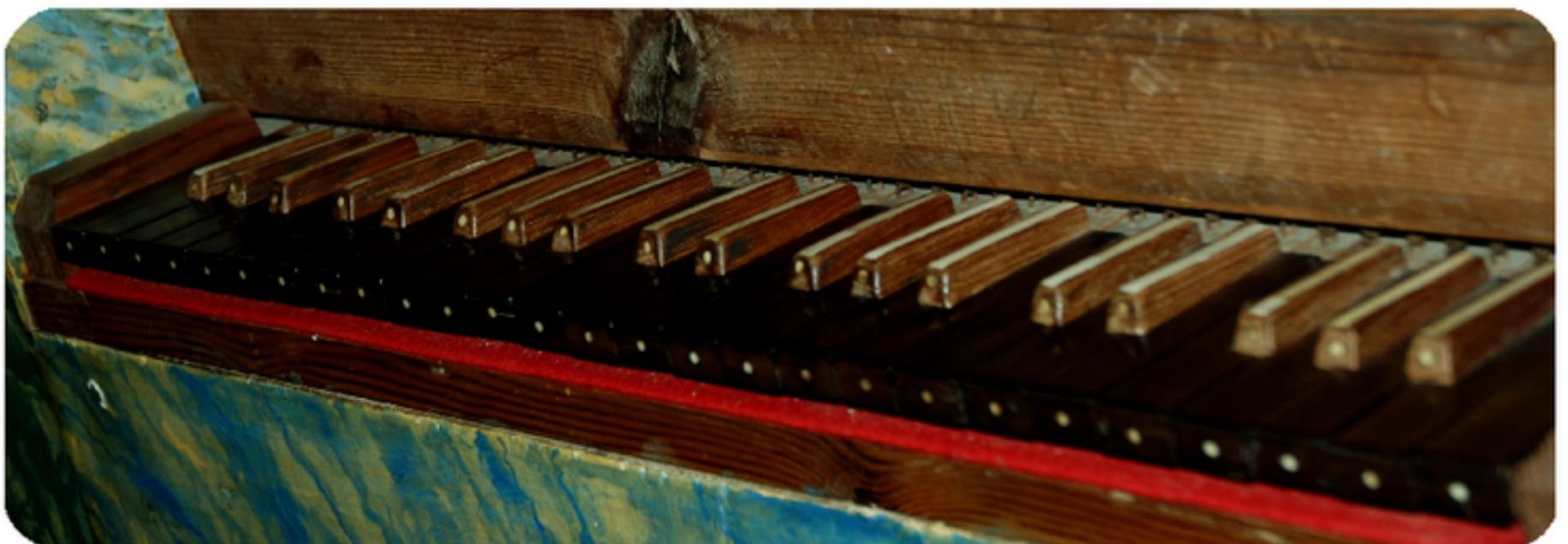
Qué imponente suena el órgano desde entonces, religiosamente acariciado por las manos de Aníbal todas las semanas. A mí, como a muchos de mi generación, cada nota siempre nos recordará al pincel de Don Ángel imitando el mármol colorido sobre la madera olvidada.



” Este órgano lo hizo Francisco Javier Fernández acabándolo en mayo de 1792. Lo restauraron y ampliaron en su máquina los maestros organeros Yann y Frederic Desmottes en 1994. El día 8 de octubre de 1994 lo inauguró el profesor Francis Chapelet.



*Estado del órgano antes de la restauración.*



*Teclado del órgano villaescusero.*

# Abierta a luz

**E**l día dos de julio de 1988, Balbino Millán y Montse Huélamo contrajeron matrimonio en Villaescusa de Haro en ceremonia religiosa oficiada por D. Ángel Sevilla. Como obsequio matrimonial, el párroco villaescusero regaló a los nuevos esposos tres maravillosos grabados que a continuación se reproducen y que adornan el hogar de esta familia villaescusera.

Don Ángel demuestra en los grabados un profundo dominio de la técnica e, indudablemente, un marcado sentimiento de pertenencia a esta tierra a pesar de su origen belmonteño. Erudito, como era, y buen conocedor de la Historia local, escogió tres estampas características de nuestro pueblo. A cada grabado concedió un título en clave poética que remarca más si cabe la hondura de las obras.

Y al pie de cada grabado, a vuelapluma, su rúbrica elegante desde la sencillez. Aquí la reproducimos, mas habría sido merecido un estudio grafológico que revelase a partir de esos trazos algún rincón inaudito de su personalidad:

*"Abierta a luz;  
pero sobre todo al hombre."*

Villaescusa de Haro

Portada desde la Puerta de la Iglesia

*¿Cuántos dos de julio son posibles  
en la Incesión del tiempo?*





*"Historia es compromiso  
con el porvenir."*

**Villaescusa de Haro**

**Ayuntamiento desde la Villeta**

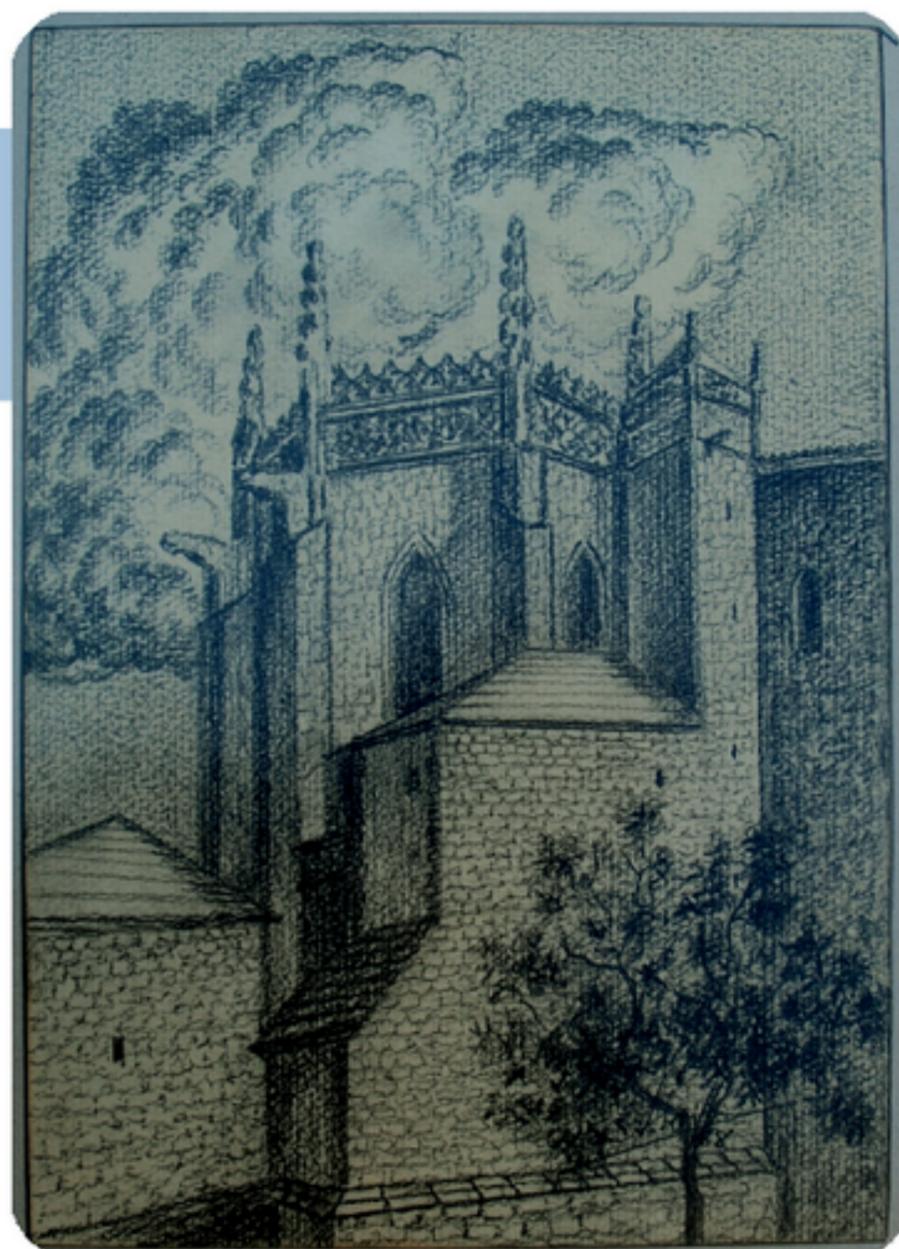
*Un dos de julio de 1988 y quedó sellado*

*"La piedra emprende aquí  
su vuelo de ave."*

**Villaescusa de Haro**

**Capilla de la Asunción**

*Tal día como un dos de julio de 1988*



# El Saloncillo

Un portón de madera nos llevaba a un mundo de niños, a un mundo de ocio, diversión, lectura, teatro e incluso deporte, era nuestro lugar, nuestro tiempo. Estaba hecho para nosotros y para nuestro disfrute. No íbamos a pasar el rato, sino a ralentizar esos momentos que estábamos obligados a disfrutar.

Nuestro Don Ángel quería que leyéramos. “La lectura nos hace más libres”, pues he aquí dónde surgió la primera Biblioteca de nuestro pueblo, libros variados, infantiles y juveniles, Joseph Joffo, Saint-Exupéry, Enid Blyton,... Y hasta los nuevos libros que iban apareciendo de *El Barco de Vapor*, libros de consulta, de religión, de pensamiento. Conocimos el concepto de préstamo y no entendimos el de devolución en tiempo y forma.

Nuestro Don Ángel también quería que estudiáramos y nos puso unas buenas mesas para que hiciéramos los deberes, enciclopedias para consultar y, sobre todo, que compartiéramos con los amigos las dudas, el espacio y el tiempo. “Conversar nos hace más inteligentes”.

Nuestro Don Ángel quería que hiciéramos deporte y nos puso una mesa de ping-pong, y he de

decir que era la mejor mesa que he visto en mi vida. Además de psicomotricidad y coordinación, hacíamos ejercicio físico, no sólo para buscar la pelota sino para quitarles de las manos las raquetas a los chicos mayores.

Nuestro Don Ángel quería que fuéramos niños y nos proporcionó cantidad de juegos de mesa para jugar en grupo. A veces nos subíamos encima de la mesa para ver si dábamos en el techo con la cabeza. Y una vez dimos, pero no al techo sino al fluorescente, haciéndolo añicos. “Gansas, es que sois muy gansas”.

Nuestro Don Ángel quería fomentar la creatividad y surgió la obra de teatro en el saloncillo “*La princesa y el enano*” ¿Os acordáis? Nosotros escribimos la obra, los decorados, la rifa, los trajes. Don Ángel no quería intervenir pero sí que nos daba sus detalles y toques de gracia. ¡Menos mal!, salió bien.

Nuestro Don Ángel quería que fuéramos felices y lo consiguió.

Gracias Don Ángel.

*M<sup>a</sup> José Fernández Cornago*

” *Nuestro Don Ángel quería que leyéramos. “La lectura nos hace más libres”, pues he aquí dónde surgió la primera Biblioteca de nuestro pueblo... Conocimos el concepto de préstamo y no entendimos el de devolución en tiempo y forma.*

Esa pequeña puerta de madera (yo la recuerdo pequeña), nos dio la libertad. Libertad para imaginar, crear, aprender y desarrollarnos como personas. En esa época donde no teníamos ninguna alternativa él nos la dio.

Nunca olvidaré esas maravillosas tardes en las que el tiempo parecía detenerse, donde cada uno de nosotros -no importaba la edad- tenía siempre algo que aportar, donde nuestras ilusiones de

niños se hacían realidad, donde un día podías ser rey o reina, otro mago o bruja dependiendo hasta dónde llegara nuestra imaginación.

No nos ponía ninguna traba, sino todo lo contrario, nos daba alas para que voláramos hasta alcanzar nuestra libertad.

Gracias Don Ángel por esa libertad.

*M<sup>a</sup> José Martínez Gadea*

# "¿Qué les va a pasar estando con el cura?"

Por Claudio Mingo

**E**ra un día, de tantos otros, en los que mi hijo David, como todos los chicos y chicas del pueblo, pasaba el día con Don Ángel. Entre momentos de catequesis, D. Ángel preparaba juegos, meriendas y otras muchas cosas en el saloncillo de su casa para poder tener a los chavales mucho tiempo con él.

Aquel día, como cualquier otro, David nos dijo "¡Me voy con Don Ángel!" sin más explicaciones. Y nosotros tan felices y tranquilos de que estuviera con él.

Sin embargo, aquel día pasaban las horas y David no aparecía. Como todos los padres, empezamos a preocuparnos porque no sabíamos dónde habían ido, y en aquellos tiempos que aún no había teléfonos móviles lo único que podíamos hacer era esperar. Cada vez con mayor inquietud. Llamábamos continuamente al teléfono de casa de D. Ángel, pero no obteníamos respuesta. Con mi motejo echaba viajes hasta la puerta de su casa, a la iglesia, a la ermita del Cristo... Pero nada, ni rastro de los chiquillos. Por fin, ya entrada la no-

che, aparecieron en casa con su Peugeot 205, tan contentos.

"Pero Don Ángel, ¿de donde vienen?" y él nos respondió "Perdonarme, pero el tiempo pasa algunas veces tan deprisa que se nos han hecho estas horas. Venimos de Quintanar de la Orden, del Convento de Nuestra Señora de los Dolores, donde nos hacen el Pan de Cristo que compartimos en la Eucaristía".

Acababa siempre diciendo cosas como: "No te preocupes hombre, pero ¿qué les va a pasar estando con el cura!". Como diciendo "si estamos haciendo cosas que nos manda Dios, no tenéis de qué preocuparos". Con estas u otras cosas parecidas nos tranquilizaba a todos. Para nosotros era como cuando El Señor dice: "Dejad que los niños se acerquen a mí."

Don Ángel nos ha dejado muy buenos momentos. Recordamos con mucho cariño tanto a él como aquellos días en que el pueblo parecía tan unido.



XXV Aniversario de Hermandad con el Rgto. Saboya, 14 de septiembre de 1994.

# Balada de humildades y silencios de un clérigo en Villaescusa de Haro

Por Carlos de la Rica

*A continuación se reproduce una columna publicada en El Día de Cuenca del día 26 de noviembre de 2003, a los pocos días del fallecimiento de Don Ángel. Esta columna de Carlos de la Rica se publicó también en su libro "Los mimbres de mi cesta."*

**A**conseja, con su vida, modestia y humildad, Tabbi Yehuda ha-Nassi, pues consiguió ocultarse y esconder su persona quién hizo de su ciencia mesa abierta para todos. Así, entre lienzos destrozados y retortas, esencias trementinas venecianas, gubias, imágenes ajenas y versos propios, óleos y tabletas, el clérigo y presbítero Ángel Sevilla Panadero recompone retablos, anuda frases, revierte nube e incienso para Don Diego Ramírez de Villaescusa. Le sorprende retocando rostro a un Nazareno, con su mono azul y los dedos llenos de masa, alumbre y raras colas si de resinas desinfectantes y precavidas.

Ya había dejado colgado al testero de Valdemoro de la Sierra, nacido en sus fuentes el río (Guadazaón), amplio cuadro con pretensiones conseguidas de retablo. Ya ese otro que en Villar de la Encina refiere devociones marianas. Obra suya con aires personales, refitoleros al cándido brasero de color y línea, hieras buenas pringosas, reparando en los fondos los mismos paisajes circundantes.

“Así, entre lienzos destrozados y retortas, esencias trementinas venecianas, gubias, imágenes ajenas y versos propios, óleos y tabletas, el clérigo y presbítero Ángel Sevilla Panadero recompone retablos, anuda frases, revierte nube e incienso para Don Diego Ramírez de Villaescusa.

Ángel Sevilla Panadero, belmonteño y animoso, humilde artesano de doble fila, repetía, entre tímido y temeroso, seguro por sus modestias, grave voz de pozo, versos suyos entre entregados y místicos.

Pongo yo un especial empeño en descubrir lo que no está cubierto, si velado no más, remetido en esa otra Cuenca nuestra que se nos cae y desaparece, carcomida del tiempo y abandono como los claustros del palacio belmonteño, como el contorno de los caseríos rurales condenados a dar paso a horrendos y feos pastiches valencianos.

Ocasión para este repaso la trae este cura que en la sacristía de la maravillosa capilla villaescusana ha montado taller de recuperaciones, tabla de salvación para las tallas carcomidas a cuyas maderas aplica el araldit o el paraloid, los empastes y las gachas. Fámulo del arte quien podría ayudarle al descubrimiento, barquero salvador quien pudiera montar y fletar propias tablas a las aguas.

Recuperando de tal suerte lo que está por perder hace un servicio impagable a este nuestro patrimonio tan falto de ayudas y rectas compresiones, pero igualmente lo podéis oír en el recital o la lectura decir versos suyos que tratan lo divino y al salmo enlazan tradición y sendero. En el recinto malogrado para la ciencia o las letras, pretendida universidad conquense (repetido en el tiempo el tardó en decidirse cuando ya otros lo tienen en marcha), el presbítero y cura de Villaescusa de Haro dicta una lección en conservar tradición poniendo en su acento miras al futuro. Y la sorda señora que se llama Sofía, refuerza los portones abiertos por la familia y acompañante. Coge el timón / y redime la inmensa playa..., escribía este poeta que no hace tantos años intentaba aventura en común y, desde Belmonte, para una nueva singladura poética, compañeros con él José María Abellán, Andrés Duro Del Hoyo. Aquí el alma navega, repetido el viento de Fray Luís, sólo alcanzó dos números la revista belmonteña. De silencios,



*Desposorios de la Virgen. Retablo de la Capilla de la Asunción. [montaje realizado por Don Ángel durante la restauración del retablo]*

ocultamientos, recogidos menesteres, esté formada la sombra de este clérigo que tiende a devolver color conseguido para Estéfanus Tornero verdades al azulejo donde el linaje de Gil Ramirez de Arellano, tan cerca ese león rampante que tengo yo mismo troceado a mis dedos.

Libro de la luz, dice, ha de titularse el conjunto

” Los mozos han escrito en la noche nombre a la calle, del escoño. Aprieta amorosamente las pinzas y la espátula, desearía un ángel de mármol, la tela blanca donde poder colocar con posición y ternura, proseguir en la página sus bellos y herméticos versículos y religiosos.

de poemas recogidos para un libro que no sé cuando verá la imprenta. En cualquier mar de luz podemos poner la empresa, pues luz es la que adviene a esta venta suya de su hermosa sacristía, la sala suya de estar en este increíble, insólito lugar de Villaescusa, solar renacentista de la Mancha.

Los mozos han escrito en la noche nombre a la calle, del escoño. Aprieta amorosamente las pinzas y la espátula, desearía un ángel de mármol, la tela blanca donde poder colocar con posición y ternura, proseguir en la página sus bellos y herméticos versículos y religiosos.

¿Sueños? Pero el recupera para todos un trozo de patrimonio conquense.



*Funeral de Don Ángel el día 25 de noviembre de 2003.*

# Ante la muerte de Ángel Sevilla

Por Luis Martínez

A continuación se reproduce un artículo publicado en *El Día de Cuenca* el día 26 de noviembre de 2003, a los pocos días del fallecimiento de Don Ángel.

**S**e fue Ángel. Ésa ha sido la primera apreciación que gravita sobre nosotros y nos llena de pesar por la separación y porque siempre con Ángel había una actividad pendiente: un cuadro que ver, unas jornadas poéticas que trazar, un encuentro de amigos. Siempre estaba en la brecha y disponible. No hacía ruido, ni quería ser protagonista de nada. Era el hombre de la eficaz penumbra a quien le gustaba este mundo y muchas de sus cosas, pero que no quería estar cercado por ellas y hacía el permanente juego de admirarse, gustar y prescindir de aquello que le podía condicionar.

Conjugó un sensible espíritu estético con una profunda espiritualidad. Esto, unido a su peculiar habilidad, hizo que se regeneraran espacios como la iglesia de Villaescusa, que sin su intervención habría perdido varios de sus valores expresivos. Por encima de todo estuvo su entrega a las parroquias, de las que, aunque no podía conseguir todos sus propósitos pastorales, siempre recibía una respuesta agradecida, como en sus bodas de plata.

Hay un poema de su propia mano, brevísimo, que es una inquietante pregunta:

*"¿Cómo se da la luz  
cuando se tiene las manos  
llenas de luz?"*

Ahora que ha roto las barreras de esta vida y ha llegado a la vida sin límites, en sus manos se habrá multiplicado la luz. Y la respuesta sería: "A manos llenas."



En la Capilla de la Asunción.

“Era el hombre de la eficaz penumbra a quien le gustaba este mundo y muchas de sus cosas, pero que no quería estar cercado por ellas y hacía el permanente juego de admirarse, gustar y prescindir de aquello que le podía condicionar.”

# Restauración

Por Rafael Aljaro

*El poeta pide a Ángel Sevilla que lo restaure, si es posible*

Ángel, restáurame, que tengo rota  
el alma de este mármol, la madera  
de esta talla, que el óleo se me altera  
y se rasga la tela en mi derrota.

Tú decías la pátina remota,  
y el dorado silencio o la manera  
interior de mi vida o lo que fuera,  
tal vez la muerte con su mano ignota...

Dímelo si es posible, o es partida  
perdida, que tus manos no hacen daño,  
ni a tus labios se asoma el desengaño.

Tú soñabas hacer nueva otra vida  
hasta los bordes de su copa llena.  
Tú me dirás si vale o no la pena.

*Transfiguración de la mano*

Una paloma blanca  
iba picoteando sobre el libro  
hormigas quietas en hileras negras,  
granos de trigo oscuro,  
migas de pan moreno,  
floreillas en voz  
baja con melodía de palabras.  
Entre rosa y azul la contemplaste  
viva como tu mano  
que elevaste preciosa y que asustada  
igual que una paloma, echó a volar.



*Detalle del Belén de la Navidad de 1994.*

# A Don Ángel, sacerdote

Por D. Severiano Jiménez

Me llamaste, Señor,  
como un loco enamorado,  
esperando un sí por respuesta,  
un sí con la puerta abierta.

Poco me costó ir hacia Ti,  
Jesús, mi loco enamorado.  
Para seguirte a ti,  
para seguir tus pasos.

Es locura de amor,  
es amor aventurado  
dejarlo todo por Ti:  
casa, padres,  
amigos y hermanos.

Es camino de dolor,  
es entrega del corazón,  
para ver a Dios  
y gozarlo caminando.

*Hermano Ángel:  
gracias por tu dedicación y entrega.*

*Descansa en paz.*



*Recreación cubista del pueblo de Belmonte, grabado realizado por D. Ángel en 1970.*

# Bar-Restaurante "Chema"



C/ Santa Ana, 34  
16647 Villaescusa de Haro  
(Cuenca)  
Tlf: 967 16 87 35



## MILLÁN Y RUIZ

### Balbino Millán Pérez

C/. Padre Vázquez, 3  
Villaescusa de Haro (Cuenca)

Teléf.: 967 16 86 04

### José Vicente Rabadán

C/. La Fábrica, 6 - El Pedernoso (Cuenca)

Teléf.: 967 16 44 11

INSTALACIONES ELÉCTRICAS

*A manos llenas.*



**¡Hazte socia/o!**

LA ASOCIACIÓN JUVENIL ALTHEIA  
NECESITA **TU** COLABORACIÓN.

asociación Juvenil  
**ALTHEIA**  
[www.altheia.org](http://www.altheia.org)